



Recibir, acoger, aceptar. El final del adviento coincide con el principio de la vida. Todo se nos ha dado y todo debe ser acogido y puesto al servicio del don haciéndolo resplandecer. No somos origen de nosotros mismos, todo tiene su origen en Dios, que quiere finalmente descansar en nosotros, hacer reposar su propia vida en la nuestra haciéndonos partícipes de su gloria. Es entonces cuando todo cobra sentido, brillo, fecundidad.

Todo concluye en esta contemplación: Dios reposando en la carne humana y haciendo que esta se llene de su gloria. Dios quiere que nuestra vida haga carne la vida misma de su Hijo que, por su parte, ha hecho suya la nuestra. El último paso del adviento nos lo enseña María: *Hágase*.

La esperanza pues se vive mirando al presente. Haciendo que cada momento deje nacer la vida de Cristo en nosotros. Así nuestros pasos descubrirán el amor, la belleza y la abundancia de una vida que, aunque en el camino parezca pequeña y pobre, florecerá eterna en el mismo Dios.

Ven Señor Jesús, que mi carne sirva para que te des a luz en el mundo. Que a pesar de la vejez de nuestra humanidad la gloria de tu amor la abrace. Que pueda decirse de nosotros: Mirad, los que parecían estériles se han llenado de vida y la reparten a manos llenas de parte del Señor.

La promesa del adviento.

La Eucaristía hace presente no solo los misterios de Cristo ya realizados históricamente (nacimiento, pasión, muerte, resurrección), sino el último no realizado aún: la venida gloriosa. En la profesión de fe decimos que "de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos".

En la aclamación de después de la consagración clamamos: "¡Ven, Señor Jesús!". Después del Padrenuestro, en que hemos pedido la venida del Reino, el sacerdote añade: "...mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo". Todos nos quejamos de la superficialidad sentimental de nuestra Navidad. Esta será seria si el Adviento lo ha sido, y el Adviento lo será si nos tomamos en serio la venida del Señor. No con miedo, sino esperándolo como Salvador: "Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación".

(Hilari Raguer)



Adviento

¿Qué esperamos en adviento? Aunque las oraciones de la liturgia y las canciones son claras al respecto, sin embargo, no sorprenderá a nadie que digamos que las inercias, la prisa y la superficialidad que nos habitan, los deseos absolutizados y ensimismados que no dejamos de alimentar, no nos dejan coincidir con lo que decimos en ellas.

Nuestra sociedad (y nosotros con ella) centra su adviento en la espera del encuentro anual de las familias (que este año va a ser francamente limitado), queda inaugurado con el *black Friday* y culminado con la lotería (fiestas simbólicas de una religión que ofrece la salvación a través del consumo). Y luego el encendido de luces y la acumulación de adornos y comidas, cuyos brillos parecen decir que hay que poner buena cara al mal tiempo (algo francamente difícil en estos días). Así pues, nuestra sociedad, y nosotros con ella, esperamos amor, abundancia, belleza y alegría. En algún sentido, nada que objetar por el cristiano, aunque el centro de su adviento está en otro lugar.

Nuestro adviento cristiano no espera que en estos días pase nada especial. Se trata de un tiempo de preparación para que la esperanza (no simplemente la espera) anide en nuestro corazón, y para que nuestro sentir no se deje seducir ni por los dolores de la vida ni por las alegrías efímeras que esta ofrece. El cristiano busca en el adviento, a través de pequeñas acciones y oraciones, que el Señor reavive su esperanza y pueda iluminar la oscuridad del mundo.

¿Por qué Señor nos extravías de tu camino y endureces nuestro corazón para que no te reconozca? Así empieza Isaías el Adviento. Es verdad que el corazón tiene impulsos hacia el amor, la belleza, la abundancia (no otra cosa es el paraíso). Sin embargo, nuestros pasos parecen extraviados; deberíamos saber reconocer las fuentes de la vida, pero tanto los éxitos como los fracasos nos ciegan: unos ensimismándonos orgullosamente en nosotros mismos y haciéndonos esperar todo de nuestros poderes, otros concentrándonos obsesivamente en nuestros dolores y haciéndonos desesperar de la vida. Ojalá rasgases los cielos y bajases. Ven Señor y sálvanos.

EL ADVIENTO POSEE DOS CENTROS

La contemplación de aquella
necesidad radical de nuestra vida
a la que no podemos dar respuesta
por nosotros mismos.

La contemplación de la promesa de
Dios de ser Dios-con-nosotros,
y la activación del anhelo de que
esto se cumpla del todo y en todos

--- itinerario ---

A la luz de los evangelios de cada uno de los domingos de este tiempo litúrgico podríamos sintetizar el itinerario del adviento en cuatro verbos:

vigilar – preparar – anunciar – recibir.

Te invitamos a meditar y vivir cada una de ellos.



Primera semana → VIGILAR

Vigilar, velar, estar atentos, prestar atención, custodiar. Vivir dándonos cuenta de lo que pasa. Despertar del adormecimiento a que nos somete la rutina. Preguntar el significado de lo que nos rodea, de lo que nos ocurre, lo que hacemos. Intentar comprender sus señales y llamadas para custodiar la vida frente a los poderes innobles que la deforman. Aprender a distinguir las riquezas, las ambigüedades y las miserias que habitan nuestro corazón. Comprender nuestras posibilidades y nuestras limitaciones, y nuestra necesidad mutua.

Imposible sin espacios de silencio para mirarnos a nosotros mismos, para sentirnos, para comprendernos desde fuera de la velocidad y la inercia. El adviento requiere hondura para sentirnos y sentir el mundo ante Dios de forma que Él nos haga comprender la verdad de las cosas.

Señor, ¿a qué hora del día me llamaré y me recogeré en ti para mirarme, para sentirme, para saberme en lo que soy y en lo que quieres de mí? Ven a esta cita, llévame a esta cita y abramos juntos los ojos, tú en mí y yo en ti, para que se haga la luz.



Segunda semana → PREPARAR

Preparar, arreglar, aparejar, acondicionar, entrenar. No basta el sentimiento, el pensamiento, la imaginación, la concentración en el silencio. Es necesario ordenar la vida para poder escuchar bien su verdad, sus anhelos, sus reclamaciones. De otra manera terminaremos pensando y mirando según los intereses de lo que vivimos.

Somos invitados a allanar los caminos, despedregar los campos, podar las ramas muertas... Mirar de frente nuestras complicidades con el mal y separarnos de ellas. Confesar nuestros pecados y afanarnos en luchar contra ellos con la confianza de que Dios pondrá fuerza donde nuestra debilidad nos humilla aun cuando queremos ser lo que verdaderamente somos.

Ven, Señor Jesús, que tu misericordia me dé la fuerza que necesito para arrancarme del mal que me habita, del mal que no te deja ser en mí y que no me deja ser en ti.



Tercera semana → ANUNCIAR

Fue Juan al desierto, se vistió de pobreza y comenzó a proclamar: *Yo no soy la luz ni puedo dar la vida, pero el que existe desde siempre llega como luz y vida para todos.* Juan se viste de humildad, ha reconocido su carne desértica, su vida opaca. Carne desértica que solo es fértil a la luz de Cristo, vida opaca que se ilumina e ilumina por la luz del Sol que llega.

Así se nos invita a vivir el adviento: compartiendo humildemente con los que nos rodean que nuestras pobreza pueden ser enriquecidas con la vida del que llega. Hemos de hablar, y hablar con humildad y convicción, de que solo Dios salva, de que solo Él es luz de luz, de que en Él podemos alumbrarnos unos a otros.

¿Cómo llamaré todo el bien que me has hecho? ¿Cómo no proclamaré con alegría que has abierto tus riquezas y nuestras pobreza han encontrado un nido donde recogerse a la luz tierna de tu misericordia?